

Mateo 28:16-20

Sermón Mateo 28:16-20 Santa Trinidad 2014 Dt 4:32-34, 39, 40; 2 Cor 13:11-14

Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban. Jesús se acercó y les habló diciendo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Amén. (Mateo 28.16–20)

La misión que el Salvador resucitado da a su iglesia

Descansa sobre el poder todopoderoso de Nuestro Señor

Su esencia es hacer discípulos de todas las naciones

Para ella tenemos la promesa de la continua presencia de Jesús con nosotros.

Se acercaba el fin de los 40 días que pasó el Señor resucitado con sus discípulos. Jesús había aparecido a unas mujeres y a los apóstoles en Jerusalén el mismo día de la resurrección, al igual como a los dos discípulos en el camino a Emaús en ese día. Ocho días después, todavía en Jerusalén, había aparecido otra vez a los discípulos incluyendo a Tomás, que estaba ausente cuando Jesús había aparecido a los otros discípulos la semana anterior. Los ángeles en la tumba vacía habían dicho a las mujeres: “E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Ya os lo he dicho»” (Mateo 28.7). En Juan 21 escuchamos que Jesús se apareció a siete de sus discípulos cuando pescaban por el Mar de Tiberias, también conocido como el Mar de Galilea. Ahora en nuestro texto se nos dice que los once discípulos estaban reunidos en un monte que Jesús les había designado en Galilea. “Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado”. Allí, en un lugar apartado, libre de distracciones, Jesús quería dar una instrucción importantísima a sus discípulos y a toda su iglesia hasta el fin del mundo. En este texto tenemos la misión que el Salvador

resucitado da a su iglesia. Vemos primero que esta misión descansa sobre el poder todopoderoso de Nuestro Señor, luego que su esencia es hacer discípulos de todas las naciones, y finalmente que tenemos la promesa consoladora para esta misión de la continua presencia de Jesús con nosotros.

Los que se reúnen en ese monte en Galilea son discípulos. Son personas que han aprendido de su maestro, que son llamados a seguir su instrucción, y han reconocido después de su muerte y resurrección que él es el triunfador que ha conquistado para ellos el pecado y la muerte y ahora es el Señor exaltado. Así que se postran delante de él en adoración.

Jesús se acerca un poco más. Allí les hace una solemne declaración. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. El que les va a dar una instrucción y una misión es el que tiene dominio sobre todas las cosas. Se ha observado bien que Cristo no podía decir eso según su naturaleza divina, pues desde la eternidad tenía todo poder. Pero no es característica de la naturaleza humana tener todo poder. Así que, Jesús aquí está diciendo que el Jesús de carne y sangre que habían conocido, que no tenía en donde recostar su cabeza, que se dejó capturar y condenar y crucificar, en ese momento mismo y por la eternidad ejerce el control absoluto sobre todas las cosas.

Quiere decir que por derecho todos deben pertenecer a él. En su estado de humillación había sido perfectamente obediente a la voluntad del Padre celestial “hasta la muerte, y muerte de cruz”. Pero luego escuchamos de él: “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2.9–11). Esencialmente, los discípulos aquí están reconociendo esta absoluta soberanía de Jesús sobre ellos con su adoración en el monte en Galilea. Pero como Jesús tiene toda potestad en el cielo y en la tierra, hay muchos más, miles de millones más, que deben someterse voluntariamente en este tiempo de gracia a la soberanía de este Salvador que ha dado su vida por los pecados del mundo.

Y los discípulos (y es probable que en esta ocasión había más de 500 seguidores de Jesús reunidos, además de los once) serían los encargados de emprender la misión que Jesús les entregaba

como iglesia cristiana, la de hacer discípulos a todas las naciones.

En este mandato Jesús no sólo indica a sus seguidores que deben hacer discípulos, sino también el alcance de esta misión y los medios para hacerlo. Como el dominio que el Padre ha dado a Jesús según su naturaleza humana es universal, cubre toda la tierra, también la misión de la iglesia es universal. Son “todas las naciones” las que deben ser llamadas al discipulado. En lugar de una nación teniendo una relación especial con Dios, como fue el caso en el Antiguo Testamento, ahora todas las naciones igualmente deben ser incluidas en la salvación que ha obtenido el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Jesús es “la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2.2). Dios quiere que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4).

¿Pero cómo se puede hacer discípulos de las naciones? ¿Cómo es creado un discípulo? Jesús habla de dos maneras en que se crean discípulos, bautizando, y enseñando.

La primera cosa que Jesús menciona como el medio para hacer discípulos es “bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Es significativo que menciona primero al bautismo. El bautismo es un verdadero medio de gracia. Es decir, es una forma en que la gracia de Dios llega a nosotros como individuos. El bautismo, como Lutero menciona en su Catecismo, “no es solamente agua, sino que es el agua comprendida en el mandato divino y ligada con la Palabra de Dios”. ¿Qué dice la Escritura acerca del bautismo? En el día de Pentecostés, Pedro habló a los que, compungidos de corazón, preguntaron: “Hermanos, ¿qué haremos?”; contestó: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2.38–39). Cuando Pablo mismo había visto a Jesús a quien estaba persiguiendo, Ananías le exhortó: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre” (Hechos 22.16). En 1 Pedro 3 compara el arca de Noé que fue el medio de salvar a ocho personas con el agua del bautismo, diciendo: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de

una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo” (1 Pedro 3.21). Así a la pregunta: ¿Qué dones o beneficios confiere el bautismo?, Lutero responde: “El bautismo obra el perdón de los pecados, libra de la muerte y del diablo y da la salvación eterna a todos los que creen lo que dicen las palabras y promesas de Dios”. “¿Cómo puede el agua hacer cosas tan grandes?”, pregunta también. Y responde: “El agua en verdad no las hace, sino la Palabra de Dios que está en unión con el agua, y la fe que se apoya en dicha Palabra de Dios ligada con el agua”. Y nos recuerda otro pasaje bíblico, en Tito 3, que dice: “Por su misericordia nos salvó por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

Este bautismo, este medio eficaz de la gracia que Jesús aquí instituye, se debe hacer “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. En el bautismo somos traídos por fe a una íntima unión con el Padre que tanto nos amó que dio a su Hijo unigénito por nosotros, para que no perezcamos, sino tengamos vida eterna, con ese mismo Hijo que nos amó, y se entregó por todos nosotros, y con el Espíritu Santo, que viene para morar en nosotros y que obra en nosotros la fe por medio de su palabra y los sacramentos. Hay un solo Dios, somos bautizado en el nombre, no los nombres, pero es el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, un solo Dios salvador que es tres personas distintas. Y el nombre de Dios es Dios mismo, así como él se revela a nosotros. En el bautismo Dios quiere adoptar a cada uno de nosotros para ser sus queridos hijos por causa del sacrificio que Cristo ha dado en lugar de nosotros. De hecho, por el bautismo somos unidos con Cristo tanto en su muerte de modo que somos contados como los que hemos muerto al pecado, como con su resurrección, para que nosotros también andemos en nueva vida con él.

Pero este andar en nueva vida implica la necesidad del otro componente de hacer discípulos: “y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”. El bautismo inicia una nueva vida en Cristo, pero esa nueva vida necesita crecer y ser preservada. Esto sólo sucede a través del llamamiento diario al arrepentimiento mediante la predicación de la ley, y luego recibir consuelo y ayuda por medio de la predicación del evangelio. Y con el poder obrado por el evangelio, buscamos

también guía constante de la expresión de la voluntad de Dios en cuanto a qué le agrada a él en la predicación de la santificación. O como Lutero lo expresa: “El viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos; asimismo, también cada día debe surgir y resucitar el nuevo hombre, para vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza”. Esto sucede cuando aprendemos todo lo que Cristo mandó en la enseñanza constante de ley, evangelio, y exhortación evangélica.

Y tenemos la más preciosa promesa al emprender esta tarea de hacer discípulos a todas las naciones, y a vivir una vida santa en agradecimiento por la nueva vida que el Espíritu nos da en el bautismo: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Aquel que tiene todo poder, aquel que ha dado este mandamiento universal, un mandamiento que no se cumplirá hasta que termine este mundo presente, ha prometido que estará con nosotros todos los días. Durante su ministerio en la tierra, los discípulos se habían reunido alrededor de la presencia visible de Jesús; se había limitado a un lugar. Ahora, en cumplimiento de lo que Jesús aquí les mandó, se irían a diferentes partes del mundo. Y los discípulos que serían ganados a su vez irían aun más lejos. Sin embargo, en dondequiera que se encuentra un discípulo de Jesús, puede estar seguro de que Jesús mismo estará allí con él. Está con nosotros hoy. Está con nuestros hermanos africanos que estaban aquí con nosotros hace dos semanas y ahora han regresado a sus hogares. Está con los creyentes de la India y de Nepal. Está con los hermanos que no podían venir de Pakistán. Está con el Pastor Timoteo en Chile al igual como estaba con él cuando estaba aquí en el Perú. Y así será para cada cristiano en dondequiera que esté en el mundo o cuándo vive. Algunos de nuestros hermanos enfrentan peligros extremos. Sin embargo, no tienen por qué desesperarse, porque aquel que los acompaña no es otro sino el Todopoderoso, aquel a quien se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.

Que este recuerdo de su poder, el mandato que expresa su voluntad, y la promesa de su presencia personal también anime a nosotros a ser siempre fieles en hacer discípulos y a vivir como discípulos. Amén.